

Trigésimo Primer Domingo del Tiempo Ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo nos hablan del amor a Dios y del amor a nuestros semejantes. Nos muestran que el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes van juntos. Por eso, sería imposible ser fiel a Dios si somos infieles a la causa de nuestros semejantes.

En la primera lectura, Moisés recuerda al pueblo de Israel su compromiso y deber hacia Dios. Les invite a temer a Dios y a guardar sus preceptos. Les recuerda que si actúen así, Dios les hará felices y les multiplicará en una tierra que mana leche y miel. Muestra también como tienen que amar a Dios con todas sus fuerzas, alma y corazón, y tomar al corazón sus mandamientos y estatutos.

Lo que este texto nos enseña es la obediencia y la relación a Dios como un compañero exclusivo y único. Hay también la idea de que si el pueblo de Dios permanece fiel al espíritu de la alianza, Dios les recompensará y cubrirá todas sus necesidades espirituales y materiales.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús contesta la pregunta del Escriba al declarar que el punto central de la Ley es el amor de Dios y el amor del prójimo.

En primer lugar, el Evangelio habla de un Escriba que preguntó a Jesús sobre lo que era el mayor de los mandamientos. Entonces, da la respuesta de Jesús que resume la ley en el amor de Dios y el amor del prójimo.

Pues, muestra la aprobación del Escriba que reconoció que el amor de Dios con todas las células de nuestro cuerpo y el amor del prójimo era más importante que todos los ofrecimientos que alguien puede traer ante Dios. Finalmente, el Evangelio muestra la aprobación de Jesús que reconoció la honradez de la respuesta del Escriba indicando que al dar tal interpretación de la ley, no era lejos del Reino de Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la manera de amar a Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Déjeme explicarme al referir a la experiencia vivida. De hecho, tengo una hermana mayor que fue enamorada a un hombre que más tarde se hizo su esposo.

Por algunos motivos, mi padre no quiso que mi hermana lo encontrara solo. Por esta razón, muy a menudo la acompañaba. Entonces, no entendí por qué mi padre hacía esto. Pero, más tarde, con la edad, vine para entender que mi padre no quiso que destruyera la vida de mi hermana si no tuviera ninguna intención de casarse con ella.

Cuando iba con mi hermana, vi un cambio repentino de ella. Decía las palabras como estas: "si Al-(era el nombre de su novio) rompe conmigo, mi vida no tendrá todavía ningún sentido". Ella hablaba sólo de este hombre; ella cantaba sólo sobre él; ella se reía sólo sobre él; ella soñaba sólo de él. Ella fue completamente transformada, habitada por un sentimiento extraño para este hombre.

Diría que todas las células de su cuerpo y mente fueron invadidas por el sentimiento apasionado del amor por Al-. No había nada más fuera de él. Al-era todo para ella. Al- tenía todo para ella. Al- significó todo para ella.

Cuando Jesús dice que el primero de los mandamientos es amar a Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la mente y todas las fuerzas, quiere que algo similar a lo que resultó a mi hermana pase a nosotros. Nos apela para rendirnos a Dios totalmente

y completamente porque seamos transformados por su amor. Quiere que nada en nosotros no pudiera ser dejado fuera del amor de Dios.

Uno de los dilemas que afrontamos, sin embargo, es el descubrimiento que somos seres humanos divididos, hasta en nuestras opciones últimas. La medida simple que podemos dar en este aspecto es sobre lo que nos pasa cuando vamos a las tiendas para comprar un vestido, una camisa o una ropa. Nos requiere un poco de tiempo antes de que decidamos sobre cuál de estas cosas fijamos nuestra mente.

El Señor no quiere que lo amemos con un corazón dividido, sino completamente e indivisamente. Dios no quiere que lo amemos como un objeto entre muchos otros, junto a las cosas de este mundo, sino como alguien a quien damos todo que somos, todo que tenemos, todo nuestro corazón, toda nuestra mente, toda nuestra fuerza.

¿Por qué lo haremos así? Tenemos que hacer así porque somos hechos para Dios y amarlo es volver a lo que nos hace lo que somos como sus hijos e hijas. Además, Dios es el amor. Si es así, amarle es volver a nuestra propia naturaleza porque somos creados en su imagen.

Hay más: no podemos amarlo sin amar a nuestro prójimo. Como somos hechos para Dios, somos hechos para un el otro. Por esta razón, no hay ninguna espiritualidad sin el humanismo y no hay ningún humanismo sin Dios. Apoyar un y rechazar el otro, y viceversa, es una contradicción.

Podemos sólo amar a Dios y a nuestros prójimos al mismo tiempo. Por eso, no debemos descuidar el destino de nuestros semejantes con quien vivimos. No podemos sentir cariño por las cosas de Dios y descuidar las cosas de este mundo. Esto, no es el socialismo, sino el centro de la enseñanza cristiana. Es una vergüenza que unos politizan esta certeza.

Una de las consecuencias de tal visión es que la realización de nuestros deberes en la sociedad y en la Iglesia siempre se evalúa en cuanto a la ley de amor. Por otra parte, estaríamos simplemente satisfechos por lo que hacemos aun si no corresponde al amor de Dios y el del prójimo. Tomo este punto de la sugerencia hecha en el Evangelio que amar a Dios y al prójimo vale más que todos los ofrecimientos y sacrificios.

Los ofrecimientos y los sacrificios son importantes, pero su realización sin amor en el corazón no nos ayuda. Sin examinar esta pregunta, dirigimos el riesgo de hacer las cosas sólo porque es una exigencia. Hay una diferencia entre la realización de un deber como una exigencia y haciéndolo debido al amor. Por eso, si ofrecemos algo, lo hacemos en señal de nuestro amor de Dios. Si damos algo para el necesitado, lo hacemos como una consecuencia de nuestra preocupación por el bienestar de nuestros semejantes. ¡Que Dios nos ayude a amarlo al amar a nuestros hermanos y hermanas! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio 6: 2-6; hebreos 7: 23-28; Marcos 12: 28b-34



Fecha de la Homilía: el 04 de Noviembre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20181104homilia